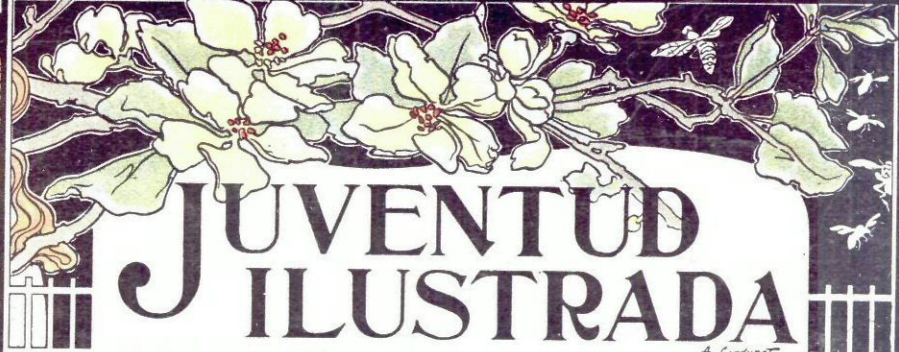




REVISTA 
SEMANAL



JOYAS PICTÓRICAS

¡Por la patria!

A. B. Gil

Núm. 8

© Biblioteca Nacional de España

20 céntimos

JUEGOS DE INGENIO

Soluciones a los juegos del número 7

CHARADAS.—I. Sapo —II. Ribota.

JEROGLÍFICO.—Al asno muerto, la cebada al rabo.

ACERTIJO GRAMATICAL:

A veces *raigo* del queso
la superficie encarnada,
por que no *raigan* ratones
lo que he de comer mañana,
pues no *raerían* sólo
lo que la pintura mancha,
sino que acaso *raieran*
lo que la pintura guarda.

JEROGLÍFICO COMPRESIDOS.—I. A grandes virtudes,
larga vida —II. A muertos y a idos, no hay amigos.

SEMEJANZA.—En que no es-pera.

Zig-zag silábico

* * * * *

Buscar el nombre y apellido de un popular actor,
empezando por cualquier extremo.

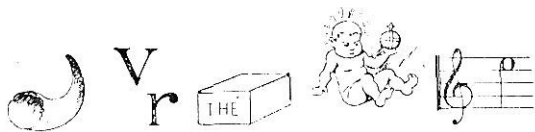
Jeroglífico comprimido

Sll C leguas Snn

Charada

Prima-dos murió a los golpes
del hueso de un ruminante;
es *tres* y *cuatro* la hembra
de un cuadrúpedo insociable,
que á veces parece bipedo
si logran domesticarle.
Prima-cuatro en el botijo
es muy fácil encontrarlo;
tres es vacía de todo;
prima, las patitas abre,
y el *todo* es nombre de un pueblo
que nada tiene notable.

Jeroglífico



Adivinanza

¿En qué se parece un soldado á un huevo?

Acertijo gramatical

... un niño revoltoso;
... ganas de jugar;
... siempre estar en danza;
... de aquí para allá;
á mi hermana ... fea
si ... y da en regañar,
y ... el grito en el cielo,
y ... y ... y tal
cuando ... y no me atienden,
pues no ... mi afán,
que es ... jaqueca,
... siempre y ...

Suplir los puntos de las diez primeras líneas por
primeras personas de los verbos correspondientes, y
los de las dos últimas por los infinitivos que encajen
mejor en el verso.

Advertencias

JUVENTUD ILUSTRADA, que consta de veinte páginas, y regala además en cada número cuatro de folletín encuadernable, se publica los sábados, y se vende en todas las librerías, kioscos y puestos de periódicos de España, siendo su precio

20 céntimos número suelto, corriente ó atrasado

y por subscripción, en toda España, *Pesetas 2'50 trimestre (13 números) servido á domicilio.*

Portugal y Gibraltar, 3 pesetas trimestre. En los demás países, 4 francos, pudiendo hacerse el pago en letra ó cheque á la orden de don Antonio Virgili, S. en C., en valores declarados ó sobre-monedero.—En América fijan el precio los señores Corresponsales.

JUVENTUD ILUSTRADA admite colaboración, pero abona sólo los trabajos artísticos ó literarios que expresamente solicita.

—Todos los ejemplares de JUVENTUD ILUSTRADA van numerados, y al poseedor del que contenga igual número al del premio mayor del último sorteo de la Lotería Nacional del mes corriente se le REGALARÁN

CIENTO VEINTICINCO PESETAS

á la presentación del número agraciado en nuestras oficinas: Rosellón, 203, Barcelona.

Como la numeración de nuestro periódico, una vez llegada al número de billetes de la Lotería Nacional, vuelve á repetirse cuantas veces sea necesario, bien puede asegurarse que, en vista de la favorable acogida que el público nos dispensa, durante el transcurso del mes se repetirá la numeración lo menos cuatro veces, por lo cual son

QUINIENTAS PESETAS

cuando menos lo que cada mes regalamos á nuestros lectores.

—JUVENTUD ILUSTRADA adjudica semanalmente á sus lectores, en sus concursos de ingenio,

50 magníficos y positivos premios.

REVISTA SEMANAL

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN

É IMPRENTA: ROSELLÓN, 208

ILUSTRADA

D. Joaquín Batet y Paret

TAREA verdaderamente impropia es la de reducir á corto espacio la biografía de quien, como el actual director del Instituto de Reus, tanto trabaja en pro de la instrucción á la que siempre ha vivido consagrado.

Auxiliar numerario del Instituto de Gerona, en el que dió pruebas inequívocas de su amor á la enseñanza y de su desinterés, haciendo diarias las clases que reglamentariamente eran alternas; en virtud de *concurso de mérito* (único ó de los muy pocos que ha habido) fué nombrado catedrático numerario del Instituto de Mahón, el 28 de octubre de 1889 siendo después trasladado al Instituto de Reus, del cual, y á propuesta del Claustro, fué nombrado director en 26 de octubre de 1901, habiendo conseguido que dicho establecimiento fuera elevado al carácter de Provincial que hoy tiene.

Son incontables sus títulos y numerosas y envidiables las recompensas que con su incansable laboriosidad ha sabido conquistarse en la literatura y en la enseñanza. Socio protector de la Asociación de maestros públicos de la provincia de Tarragona, cuya entidad le confirió este título como recompensa al constante y eficaz apoyo que viene prestando al Magisterio tanto público como privado, y más constante y tenaz que los que lo legislaron, continúa infatigable dando á los obreros aquellas clases nocturnas de las que probablemente ya casi nadie se acuerda, y que se mandaron establecer en todos los Institutos generales y técnicos.

Tiene publicadas y declaradas de mérito por el Consejo de Instrucción pública, entre varias obras, las siguientes: *Gramática elemental de latín y castellano*, *Sintaxis latina*, *Curiosidades gramaticales*, *Versión española de clásicos latinos*, *Geografía de Cataluña* y *Curso de perfección de latín*.

Premiadas en la Exposición Universal de Barcelona: *Ensayo geográfico-histórico de Cataluña*, *Geografía general* y *Gramática elemental de latín y castellano*.

Premiadas en varios certámenes literarios: *Arte poética de Horacio vertido al catalán* (Montpeller), *La enseñanza instructiva* (Sabadell), *Ensayo geográfico-histórico de Cataluña* (Arenys de Mar) *Breves necrologías de los hijos más notables de la provincia de Gerona* (Gerona).

Otras obras publicadas: *Unidades dramáticas*, *Resumen de ortografía*, *Paleografía de los latinos*, *La buena semilla* El auxiliar práctico de la gramática francesa, *Guía histórica y civil de la inmortal Gerona*, *Efemérides biográficas de la provincia de Gerona para todo el año*.

Por si tantos méritos y servicios fueran pocos, su constante laboriosidad le ha conducido á reunir una completísima edición

legislativa, en la que desde 1880 que la comenzó, se refleja la historia de la enseñanza durante los últimos veinticinco años; dicha colección, que revela el carácter del señor Batet, es ni más ni menos que la base más sólida de esa *codificación* que tanto se dice desear, y á cuya base, hecha desde las alturas del poder, se le atribuiría una colosal importancia; en tanto hoy es conocida tan sólo de los que tienen el honor de tratar á su modesto autor.

En resumen, que el señor Batet y Paret es profesor de los de vocación, pudiendo asegurarse que, bajo su dirección, el Instituto de Reus ha conseguido ver elevada su categoría, aumentada su matrícula y ser un perfecto modelo de orden y disciplina escolar.

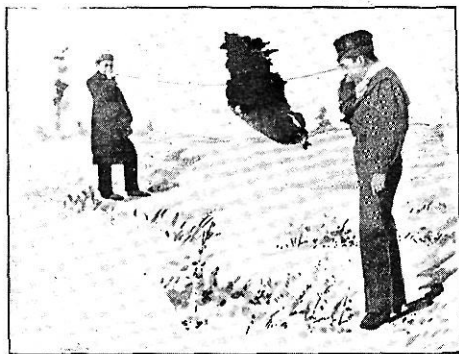


El teléfono

NECESITO que inmediatamente me mande usted el traje! Son las cinco de la tarde y tengo que asistir á una comida de ceremonia á las siete.

—¿Qué está usted hablando?... ¿Qué me importa á mí si doña Clara está mala, ni qué sé yo quién es doña Clara?

—¡Vaya usted al demonio!—dijo Enrique soltando el auditivo del teléfono, á tiempo que



entraba por la puerta del gabinete su sobrino Alfredín, á quien ya conocemos.

—¿Qué es eso, tío Enrique?... ¿Estás furioso?... ¿Qué te sucede?—exclamó echándole los brazos al cuello y dándole un sonoro beso.

—¡Hola, picarillo!... Pues lo que me pasa es que estaba hablando con mi sastre, y...

—¡Ah! ¿No estabas solo? ¿Tenías visitas?... Bien podía habérmelo advertido ese zopenco de Andrés...

—¡Ja, ja!—prorrumpió Enrique.—¡Si no hay nadie! ¡Si es que hablaba con él por teléfono!

—¿Por teléfono? ¿Y qué es eso?

—Pues ese aparato que ves ahí.

—¿Eso que parece un pupitre pequeñito?

—Eso precisamente.

—¿Y ahí dentro está el sastre?

—¡No, hijo, no! Vamos, siéntate, y mientras vuelve Andrés de darle el recado, ya que no funciona el teléfono, te explicaré lo que no comprendes.

Y mientras don Enrique daba á su criado las órdenes necesarias, Alfredín miraba con cierto respeto el aparato Ader, que estaba colocado junto á la mesa-despacho.

—¿No comprendes lo que es eso?... Pues mira: yo supongo que á ti, como á todos los chicos, se te habrá ocurrido más de una vez construir un verdadero teléfono, que consiste en dos canutos de caña, cada uno de los cuales va cubierto con un pedazo de pergamino; se agrega un largo bramante que va unido por cada extremo á uno de los canutos por la parte de la telilla esa, y así se habla á larga distancia, ¿me equivoco?

—No, por cierto; este verano un amiguito que venía á nuestro hotel, construyó uno de esos aparatos con las cubiertas de pergamino

de un Catón viejo que había en casa, y dos canutos de caña que le quitamos á la doncella de una de sus escobas.

—Y hablaríais desde lejos, ¿no es verdad?

—¡Ya lo creo! Desde su hotel al nuestro, que está al otro lado de la calle.

—Pues ése es un aparato que descansa en este mismo principio; pero llevado á la perfección.

—Y... ¿cómo has dicho que se llama?

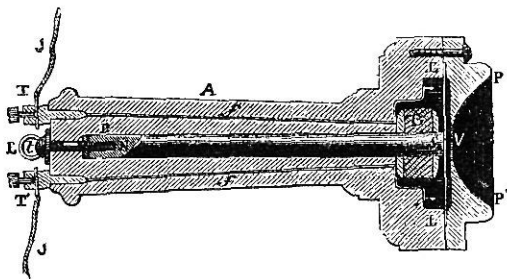
—Teléfono, ó lo que es lo mismo, *tele*, que significa á distancia, y *fono*, que equivale á voz, sonido. Por lo tanto, *teléfono* es igual á hablar de lejos, y por eso te dije que estaba hablando con mi sastre, que tiene en su casa un aparato parecido á éste, y que á éste está unido por un alambre, como los dos tubos ó canutos de caña de tu aparato.

—¡Ah, ya!

—El teléfono es de invención reciente, por más que en 1667 decía ya Robert Hooke, «puedo afirmar que los sonidos se transmiten con una velocidad muy grande, empleando un hilo tenso», y, con todo, durante más de dos siglos se rió todo el mundo de este sabio, hasta que Elisa Gray inventó, en 1874, su teléfono musical, y Graham Bell, en 1876, su *teléfono parlante*, que transmite los sonidos articulados, cuando el de Elisa Gray los transmitía inarticulados.

—¿De manera que lo inventó una mujer?

—En puridad, así es; pero su teléfono sólo transmitía sonidos musicales, y Bell reformó el aparato de manera que se oyera distintamente en un extremo de la línea lo que se hablaba en el otro extremo. Para eso construyó una especie de caja circular de madera,—como te indico en este dibujo,—provista de un mango A. En él hay una barra imantada N S fija en un extremo por el tornillo T, y rodeada en el otro por una bobina magnética B, y muy próxima á ésta, una placa circular vibrante LL de hierro dulce barnizado. Los extremos del hilo de esta bobina comunican por medio de dos hilos de cobre ff,



con los dos tornillos de unión T T' en los que se fijan los hilos JJ del circuito. La abertura P P', perforada en su centro V, sirve para emitir la voz. El tornillo regulador L aproxima ó aleja de la placa vibrante el polo S. ¿Comprendes?

—¡Sí, sí! Comprendo... Es como cuando colocamos un alfiler sobre el parche de mi tambor de juguete y golpeamos en el otro parche, que el alfiler salta según la fuerza de los golpes.

—¡Eso es! Pues bien: si unimos dos aparatos iguales que estén á larga distancia por los hilos J J, y hablamos por la boquilla de uno de ellos, las ondulaciones producidas por la voz hacen vibrar la placa con una fuerza proporcional á la del aire que recibe; y como con ello varía las distancias entre la placa y el imán NS, se producen en la bobina B corrientes inducidas, y al llegar á la bobina del otro aparato, sufre la placa de éste una serie de atracciones y repulsiones idénticas á las otras, y que, por lo tanto, reproducen el sonido articulado. Es decir: que al emitir la voz sobre la planchuela ó membrana de éste, reproduce los sonidos ó vibraciones del otro. Este aparato resultaba deficiente, pero con la ayuda del *micrófono*, que te explicaré otro día, se ha logrado poder comunicar á muy largas distancias.

—Pues si es así, ¿cómo es que tu sastre no ha entendido lo que le decías?

—Porque habrá habido algún cruce; es decir: que el alambre que comunica con otro abonado, se ha interpuesto entre el aparato de mi sastre y el mío, y á lo mejor de la conferencia, se ha cruzado con nuestra comunicación otra en que llamaban al médico para una enferma de aprensión, según he podido oír. Conque, ¡ea! ya está aquí Andrés, sobrino mío. Da muchos besos á tus papás y hasta cuando quieras.

—¡Adiós, tío Enrique, adiós! No se me olvidará lo del teléfono y voy á contárselo á papá.

Y después de cambiar un par de besos, se despidió y fué á decirle á su padre lo que había aprendido en aquella conversación de quince minutos.

A. PALLAVICINI

Los días de la mamá

QUÉ sucede en el domicilio de los señores de Rodríguez? Pues sucede que está de días la señora de la casa y con este motivo reina en ella la alegría.

Los niños, que son tres, el mayor de siete años y el más chico de cuatro, se entregan á todo género de diabluras, y aunque la mamá trata de evitarlo, vese contenida por su esposo que le dice filosóficamente:

—Mujer, déjalos que gocen hoy. ¡Pobrecitos! Un día es un día.

Nicanorcito, el mayor, ha querido hacer un altar sobre la cómoda del gabinete, y, al efecto, colocó en el tablero un cajón de pasas vacío y encima una sombrerera y sobre la sombrerera puso de pie á su hermano el chiquitín, en clase de santo; pero cuando estaban en lo mejor, al santo se le fué la cabeza y ¡cataplum! vino á dar de narices contra una butaca, produciendo el natural sobresalto en la familia. Felizmente el chiquitín sólo sacó un ligero rasguño en el labio superior y dos chichones en la sesera, pero sus gritos se oyeron en toda la casa, tanto, que acudió la vecina del segundo llena de angustia, preguntando:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Se ha desplomado alguna pared?

—¡Ay, no señora! —dijo la de Rodríguez.— Es que se me descalabré Rogelito. No ganamos para sustos.

A todo esto el papá había cogido al muchacho por el cogote y le lavaba la nariz con árnica pura, para curarle lo antes posible. Nicanorcito había ido á esconderse debajo de la cama, huyendo de la quema, y el mediano, ó sea Ceferinín, temiendo que llegase hasta él el furor materno, permanecía oculto detrás de la cómoda.

—¡Pícaros, más que pícaros! —gritaba la mamá.— ¿A quién se le ocurre coger á una criatura tan pequeña y subirla á la cómoda? Que no se me pongan delante porque los mato.

La indignación de los papás duró pocos minutos, pues con motivo de ser los días de la señora, comenzaron á llegar amigos que iban á felicitarla.

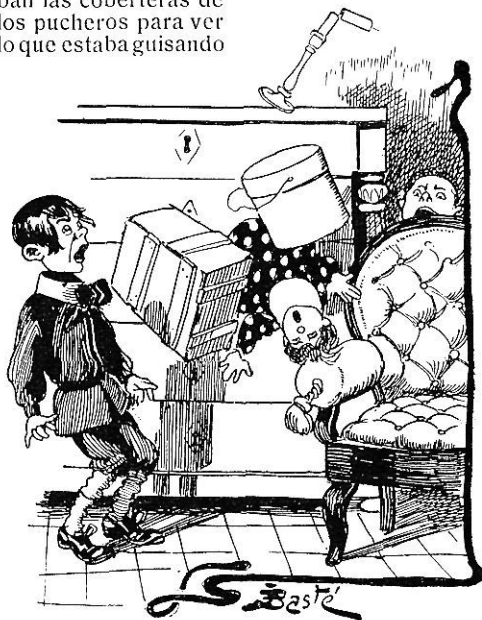
—Que sea por muchos años, doña Nicanora, —le decían.

—Y ustedes que lo vean, —contestaba la interesada.

Cuando los chicos se convencieron de que los papás estaban muy ocupados recibiendo visitas, salieron de sus escondites para meterse en la cocina donde la cocinera se dedicaba á las labores propias de su oficio.

—¡Fuera de aquí, condenados! —gritaba á cada momento.

Pero los chicos, lejos de obedecer, levantaban las coberteras de los pucheros para ver lo que estaba guisando



—¡Anda, anda! —decía uno.— Vamos á comer pollo.

—Y coliflor, —añadía otro.— ¡Qué bien huele! El pequeño no decía nada, pero se relamía

de gusto siempre que sus hermanos citaban algún plato apetitoso.

Cada vez que sonaba la campanilla de la escalera, los tres se dirigían al pasillo y palmeaban alegremente si el que llamaba era alguien que condujese algún regalo.

—De parte de los señores de Pérez, traigo esto para la señora,—decía una doméstica.

—¡Una bandeja de dulces!—gritaban entonces los chicos dando saltos. Después corrían hacia la sala y desde la puerta, sin osar á presentarse por temor al castigo, poníanse á gritar:

—¡Han traído una bandeja de los de Pérez!

—¿Pero han visto ustedes qué hijos tengo más traviesos?—decía la mamá á las personas que estaban de visita.—¡Ay! ¡Me consumen la sangre!

—¡Cosas de niños! ¡Todos son iguales!—contestaban las personas de fuera en tono de disculpa.

Cuando estaban en esto llegaron los señores de Aguatibia, un matrimonio muy estirado que se las da de elegante.

—Venimos á tener el honor de estrechar su mano con motivo de celebrar su fiesta onomástica,—exclamó el esposo haciendo una profunda reverencia.

—Mil gracias,—contestó la señora de los días.

—Hemos dejado orden á una de nuestras sirvientas,—añadió la de Aguatibia,—para que traiga á usted un pequeño obsequio, á fin de que lo disfrute en nuestro nombre.

—¿Para qué se han molestado ustedes?—dijo la obsequiada.

—No es molestia.

—Al revés; tenemos en ello mucho gusto,—afirmó Aguatibia.

Cinco minutos después oíase sonar la campanilla de la escalera.

—Ya está nuestro pequeño regalo,—dijo la de Aguatibia.—He reconocido la voz de mi doncella.

—Lo agradecemos muchísimo...

—Es obra de nuestra cocinera.

En aquel momento, el chico mayor de Rodríguez, metiendo la cabeza por entre las cortinas de la sala, decía á voces:

—Han traído una fuente de arroz con leche de parte de los señores de Aguatibia, y dice nuestra criada que en vez de arroz con leche parece engrudo y que no nos lo vamos á poder comer.

LUIS TABOADA

Un corazón hermoso

PEPITO es un niño encantador, la alegría y la esperanza de sus padres.

Paseaba un día por el jardín de su casa y vió un nido de pájaros en un árbol. Acercóse á él con cautela y logró coger á la pobre madre, que, tiernamente entretenida en dar de comer á sus hijuelos, no se apercibió de su enemigo.

Pepito, lleno de gozo, corrió á presentar á su madre el infeliz pajarito, que piaba desafortadamente al verse prisionero.

—¡Mamá, mamá!—exclamaba el niño sin poder

contener su alegría.—¡Mira qué pájaro tan bonito!

Encerrémoslo en una jaula, yo le cuidaré muy bien y verás como luego nos alegra con su armonioso canto. ¡Qué bien cantará!

¡Mamá, oye cómo pía!

—Eso es que llora el pobrecito,—dijo la madre.

—¡Llora!... ¿y por qué?

—Lo arrebataste del nido en que criaba á sus hijos, se ve sin ellos y llora como lloraría yo, que tanto te quiero, si me separaran de tu lado. Los pajaritos estarán llorando también, y cuando tengan hambre ó frío, llamarán inútil-

mente á su madre... ¡Qué muerte más amarga les espera por tu culpa á esos desgraciados!

Pepito escuchaba á su mamá lleno de angustia y miraba enternecido al infeliz jilguero, que se esforzaba en vano por recobrar su libertad.

—Los pájaros,—continuó la madre,—tienen sensibilidad y sienten como nosotros; hay que ser humanos y compasivos con ellos. ¿Qué dirías, hijo mío, si te quitaran á tu madre?

—Que me la devolviesen al momento,—dijo el niño deshecho en lágrimas.

Y soltando el pájaro se arrojó al cuello de su madre y la cubrió de besos.

Libre el jilguero voló á su nido piando de contento, llevando á sus hijos consuelo y vida.

Pepito, desde aquel día, quiere mucho á los pájaros y huye de los niños que los cazan y martirizan.

Hay que ser humanos con los pájaros; no atormentarlos ni destruir sus nidos, que quien maltrata ó destruye á esos animalitos que tan útiles son al hombre, da pruebas de cobardía y de tener malos sentimientos.

Cartagena, 1906. ANTONIO PUIG CAMPILLO



EL TRABAJO

Música de C. Sadurn.

Letra de A. D'Ollarpa.

Coro (voces blancas)



Majestuoso (sin lentitud)

Acompañamiento
(Piano ó harmonio)



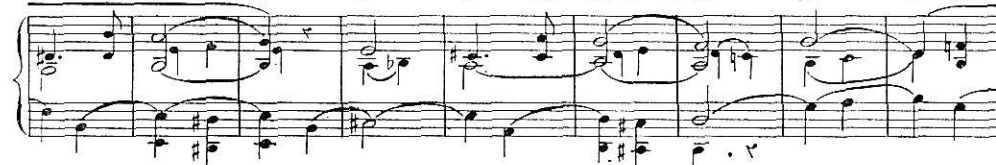
Es la cons-tan-cia pre-cia-da jo-ya
Sien-bra de flo-res mues-tra ca-mi-no.



es bien in-men-so la a-pli-ca-ción nos
e-lla cul-ti-va mues-tra ra-zón so-



da el es-tu-dio go-ves su chen-to cuan-do le
lo el tra-ba-jo su-bli-mal ham-bré y en el en-



gu-a la e-mu-la-ción
cuen-tra su ga-lar-dón



D.C.

12 Enero 1554

EN esta fecha cumplen 352 años que murió el célebre artista alemán Juan Holbein, á quien se deben la mayor parte de las pinturas que, representando la *Danza de la muerte*, cubrían los muros de los templos, conventos y cementerios de aquella época y de las cuales se encuentran aún vestigios en Lucerna, Lubeck, Dresde y en especial en Basilea y la Chaise-Dieu, de donde proceden los hermosos fragmentos que acompañamos.

A estas pinturas debe Holbein su fama universal.

Y ya que la ocasión nos lleva como de la mano á hablar de la famosa *Danza macabra*, bueno será recordar la primacía que sobre las demás naciones tiene España en lo que á la originalidad de ese hermoso poema se refiere.

A él pertenece la página que reproducimos en el adjunto grabado, cuya traducción es la siguiente:

*Primeramente llama a su
Danza a dos doncellas*

*Esta mi dama / trae de presente /
Estas dos doncellas. q' bedes fermosas
Ellas viniero de muy mala merte.
Aora mis cançiones. q' son dolorosas
Eas nõ les valdran flores e rosas
ni las conposturas q' poner solian
De mi sy pudiesen partir se çerrria
Eas nõ puede ser. q' son mis esposas*

*En estas y a todos por las aposturas
Dare fealdad. la biza parra.
Desnudead. por las bestiduras
Por syempre jamas. uny tte aborrica
Por los palacios. dare por media
Sepulcros elavios. de dentro fealdades
E por los mājares. gusanos rroyentes
q' comā de dentro su carne podria*

PRIMERAMENTE LLAMA A SU DANÇA A DOS DONSELLAS

Esta mi dança trae de presente estas dos doncellas que bedes fermosas ellas vinieron de muy mala mente a oyr mis cançiones que son dolorosas mas non les baldran flores e rosas nin las conposturas que poner solian de mi sy pudiesen partir se çerrrian mas non puede ser que son mis esposas.

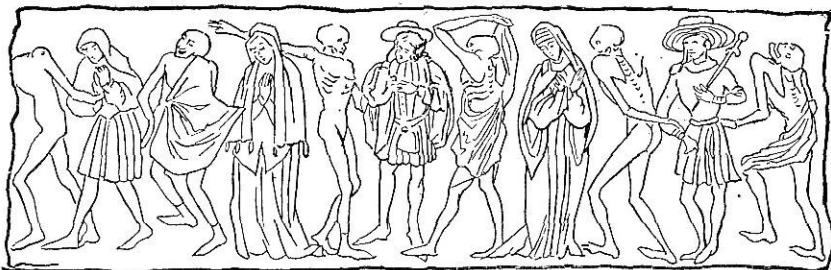
A estas e a todos por las aposturas dare fealdad la bida partida e desnudead por las bestiduras por syempre jamas muy triste aborrida e por los palacios dare por medida sepulcros oscuros de dentro fedientes e por los manjares gusanos rroyentes que coman de dentro su carne podrida.

En los últimos años del siglo XIV, el rabí don Santo de Carrión, cuyas poesías se hallan inéditas en el monasterio del Escorial, escribió una *Doctrina Cristiana* y su *Danza general en que entran todos los estados de gentes*, ambas de extraordinaria belleza y de un marcado sabor cristiano.

Sin duda, alguien debió decirle que era singular que un judío diese lecciones de *Doctrina Cristiana*, cuando exclama en una de sus bellas

poesías: «La rosa no pierde por nacer entre espinas, ni el buen vino por salir de sarmientos; así los buenos ejemplos no valen menos por venir de un judío.»

Sentimos no poder ocuparnos con la amplitud que merece en la primitiva *Danza de la muerte*, de que todas las naciones han querido adjudicarse la paternidad, y como prueba de que esa gloria nos pertenece á nosotros, basta fijarse en el anterior facsímil de una de las páginas del manuscrito que se conserva en la Biblioteca de san Lorenzo del Escorial, de principios del año 1400, cuya reproducción nos facilitó el erudito padre Aróstegui, tan excelente músico como insigne literato.





JUAN HOLBEIN, PINTOR ALEMÁN

La Naturaleza Lecciones de cosas

EH, muchachos!—gritaba el bueno de don Buenaventura á una legión de chiquillos que con él salían de la escuela.—No corráis tanto, ni salgáis á las eras, pues no tardará en descargar el nublado y no quiero que os pille fuera del pueblo. ¡Ea, á jugar á la plaza y cuidadito!

Desparramáronse los niños como bandada de alondras, quedando solamente con el pacienzudo maestro Enrique y Antolín, sus sobrinos, Nonito, el hijo del albéitar, y los dos pequeños mellizos del fiel de fechos que á duras penas podían con los calzones, y que se arrimaban al maestro como asustadizos pajarillos, sobre todo desde que le oyeron predecir la tormenta.

—Esta no es tarde de paseo,—dijo el maestro;—vamos á sentarnos bajo los soportales de la plaza, porque empiezan á oírse los truenos, y no tenemos tiempo que perder si no queremos que nos coja de lleno el chubasco.

En efecto, el lejano fragor de la tormenta se hacía más perceptible cada vez.

—¡Qué tarde tan triste!—dijo Enrique.

—¿Es que no te agradan las tempestades?

—¡No, tío! ¡Me asustan!

Retemblo el suelo al estampido de un trueno que tableteó en el espacio, y en seguida, y con irresistible fuerza, empezaron á caer gruesas gotas que anegaron en un momento la anchurosa plaza.

Los niños, asustados, contemplaban los efectos de la lluvia en el cercano río, en los árboles y en la tierra.

El río, poco antes cristalino, ofrecíase rojizo, fangoso y revuelto; el huracán balanceaba majestuosamente las copas de los añosos árboles, y la lluvia convertía en arroyos los surcos que cruzaban la plaza.

La obscuridad habíase acentuado de tal modo, que parecía de noche, á pesar de ser escasamente las cuatro de la tarde.

Los relámpagos se sucedían sin interrupción y el fragor de los truenos era imponente.

—¡Ved, hijos míos, cuán grande es el poder de Dios! Este espectáculo que os aterra, no es más que una de las manifestaciones de la Naturaleza, en cuyo seno latén fuerzas muy superiores á las del hombre. Y para que comprendáis los beneficios que las tempestades reportan, oidme atentos.

Hubo un movimiento de aproximación en los pequeñuelos, y el maestro prosiguió:

—Debéis saber que la tierra es un depósito de electricidad, y que cuando no reinan corrientes de aire, esa electricidad que sale de su seno y que forma en su superficie una capa que nos envuelve, afecta á cuantos seres vivimos en la corteza terrestre, ocasionando dolores de cabeza en unos, molestias nerviosas en otros, siendo entonces mayor el número de enfermos y agravándose los que ya lo estaban. Entonces, si la atmósfera no se purificase podría hasta desarrollarse una epidemia; pero como el calor solar es la causa de la evaporación de las aguas en forma de nubes, y entre éstas se eleva el flúido eléctrico á las alturas del espacio, una vez allí, y al contacto de unas nubes con otras, se produce el rayo, el relámpago y el trueno, y he aquí por qué las tempestades son beneficiosas, pues cuando se verifica ese encuentro, la atmósfera se purifica y queda despejada del flúido que tanto afecta á nuestro sistema nervioso. Ya veis, pues, que uno de



los beneficios que producen las tormentas, es la de librarnos de las molestias que nos ocasiona la electricidad.

—¡Jesús!—exclamaron á esta sazón los chucucelos al ver la cárdena luz de un relámpago y oír el tableteo de un trueno espantoso.

—¡Ved, hijos míos! Ahora se ha producido en la atmósfera el choque de esas dos fuerzas de que os hablaba.

—¡Sí, tío, sí! ¿Pero cómo es que hemos visto la luz del relámpago mucho antes de que se oyese el trueno?

—Porque la velocidad de la luz es muchísimo mayor que la del sonido; y para que os convenzáis de que los beneficios que producen las tempestades no son sólo los indicados, sabed que el fuerte viento que las acompaña arrastra consigo los nocivos miasmas, purificando la atmósfera y librándonos de sinnúmero de enfermedades.

En las poblaciones, los malos olores desaparecen arrastrados por el viento, se renueva el aire viciado por otro más sano y puro, y se nota su influencia en los enfermos, que experimentan notable alivio.

En las plantaciones ese viento fuerte sacude

las ramas, agita las hojas y limpia los vegetales del polvo y de los insectos que perjudican á las plantas; y cuando las flores guardan en su seno la semilla que ha de reproducirlas, el viento la transporta á otros lugares y contribuye á la propagación de los vegetales tan útiles al hombre. ¡Ea, ya pasó el chubasco! ¡Arriba todo el mundo!

—¿Nos marchamos ya?—preguntó Nonito, viendo levantarse á don Buenaventura y arreglar los arrugados trajecitos de los dos mellizos que hasta entonces habían estado sentaditos en sus rodillas, oyendo todo con la mayor atención.

—¡Sí, hijos míos! No es prudente fatigar vuestra atención en demasía, y poco á poco iremos tratando asuntos que os han de interesar y ser muy útiles más tarde, cuando seáis hombres.

Y cogiditos de la mano se dirigieron todos á casa del fiel de fechos, donde dejaron á los dos mellizos.

BESTARD DE LA TORRE

Los secretos de la prestidigitación - La cinta sin fin

PARA este bonito juego no hace falta ninguna complicada máquina como creen algunos, pues basta para ello un rollo de cinta de papel



de las que sirven para los aparatos telegráficos Morse, ó simplemente una serpentina de mayor diámetro que las arrojadizas.

Cuando se quiere hacer este juego se pide un sombrero cualquiera, sirviendo lo mismo un hongo que un sombrero de copa. La pieza ó piezas de cinta se llevan dentro del escote del chaleco, y al volverse como para examinar el sombrero, se desliza en su fondo, procurando que esté despegado el cabo interior del rollo, del cual se tira con suavidad cuando llega el momento de sacarlo del sombrero en forma de cinta.

Cuando no es posible que el diámetro del rollo encaje en el sombrero, se sujeta con la mano izquierda ejerciendo presión en él, y tirando de la cinta con la otra mano; pero si encaja sin que se corra el peligro de que se deslice, basta con volver el sombrero boca abajo para que la cinta por su propio peso se desarrolle.

Presta mucho lucimiento á este juego, si al construirse uno mismo la cinta, se ponen tiras de papel de diversos colores, y aun cintas de raso que se regalan á la concurrencia.

Comentarios inocentes



—¿Por qué diría anoche mi abuelita que ahora hacen los espejos con arrugas?

Suplicamos á los alumnos de enseñanza oficial que han obtenido matrícula de honor en el pasado curso, y cuyos domicilios no se nos han facilitado en los Institutos, se dignen remitir sus retratos, para publicarlos en nuestra REVISTA, á nuestras oficinas: Rosellón, 208, Barcelona.

aquel niño en un colegio de sordomudos, abriéndole de este modo el camino para un porvenir más bello que el que le prometiera el oficio de esbirro.

Mientras me ocupaba yo tan deliciosamente de su dicha, dos *secondini* vinieron un día á buscarme.

—Venimos á decirs que vais á cambiar de habitación.

—¿Qué queréis decir?

—Tenemos orden para pasaros á otro cuarto.

—¿Y por qué?

—Habrá caído otro pez de importancia; y como este encierro es el mejor, comprenderéis que es preciso...

—Ya, demasiado entiendo; aquí es donde hacen alto los recién llegados.

Lleváronme, en efecto, á otra parte opuesta al patio, pero por mi desgracia no estaba al nivel de aquél, ni menos en paraje donde me fuese fácil comunicar con mi buen mudito. Al atravesar el patio divisé al infeliz niño sentado en el suelo como admirado y triste; comprendió que me perdía, se levantó de repente y corrió á mí: los *secondini* le quisieron alejar, mas yo le cogí en mis brazos, y, á pesar de lo sucio que estaba su rostro, le besé con terneza y me separé de él... ¿lo diré?... con los ojos bañados en lágrimas.



¡Oh, pobre corazón mío! tú, que te entregas con tanta facilidad y calor á la amistad, ¡á cuántas separaciones te has visto ya condenado! Esta última no fué por cierto la menos dolorosa, y la experimenté con tanta más amargura cuanto era mayor la tristeza de mi nuevo alojamiento.

Reducíase éste á cuatro malas paredes, sucias, oscuras, con una ventana cubierta, no de vidrios, sino de papel. Por todas partes se veían groseras pinturas hechas con colores que no me atrevo á nombrar, y donde no había de éstas, distinguíanse varias inscripciones. Algunas revelaban el nombre, apellido y país de su desgraciado autor, con la fecha del día funesto que allí entró; otras encerraban exclamaciones contra algún falso amigo, contra ellos mismos, contra una mujer, contra sus jueces, etc.; otras eran una biografía en compendio, y otras, en fin, contenían sentencias morales; notábanse entre ellas estas palabras de Pascal:

«Aquellos que combaten la religión, estúdienla antes de combatirla. Si la religión se jactase de presentar una idea clara de Dios y de poseerle á descubierto y sin velo, pudiera combatírsela diciendo: *que nada hay en el mundo que le muestre con tanta evidencia*; pero siendo así que dice estar los hombres en las tinieblas y en completa ignorancia de Dios, que está oculto á su inteligencia y que hasta en las Escrituras santas se da el nombre de *Deus absconditus*, ¿qué ventaja pueden alegar cuando en el descuido que profesan de no buscar la verdad, exclaman que nadie se la muestra?»

Más abajo se leían las siguientes palabras del mismo autor:

«No se trata del mero interés de algunas personas extrañas, trátase de nosotros mismos y de nuestro todo. La inmortalidad del alma es una cosa que nos importa tanto y nos toca tan profundamente, que fuera preciso estar desnudo de todo sentimiento racional para ser indiferente á su conocimiento.»

Otro letrado decía:

«Bendigo mil veces la cárcel, porque me ha hecho conocer

la ingratitud de los hombres, mi propia miseria y la bondad de Dios.»

Junto á estas humildes palabras había violentas y arrogantes imprecaciones de un hombre que se decía ateo y que se encolezaba contra Dios, olvidando que él mismo había dicho: no hay Dios.

Después de una columna de tales blasfemias, seguía otra de injurias contra los *ciles* (así los llamaba), que desesperados en la cárcel se hacen religiosos.

Como yo enseñase esas infamias á un *secondino*, preguntándole quién las había escrito, me contestó:

—Mucho me alegro de encontrar esos letreros; hay tantos... y yo tengo tan poco tiempo de buscarlos...

Y diciendo esto se puso á borrar con su cuchillo uno de ellos.

—¿Por qué hacéis eso?—le dije yo.

—Porque el pobre diablo que lo escribió, y que fué condenado á muerte por homicidio con premeditación, se arrepintió de haberlo escrito y me suplicó le hiciese este favor.

—¡Dios le perdone!—exclamé yo.—Decid: ¿qué asesinato cometió?

—No habiendo podido matar á su enemigo se vengó matando á su hijo, el niño más bonito que había sobre la tierra.

Me estremecí de horror: ¿es posible que pueda la ferocidad llegar hasta ese punto! ¡y semejante monstruo se apropiaba el lenguaje insultante de un hombre superior á todas las debilidades humanas! ¡Asesinar á un inocente! ¡á un niño!

En mi nueva mansión, tan tétrica cuanto inmunda, privado de la compañía de mi mudito, sentíame oprimido de tristeza; permanecí algunas horas asomado á la ventana que daba á una galería, y desde donde se veía más allá de aquélla la extremidad del patio y la ventana de mi primer encierro. ¿Quién me habrá reemplazado? Divisaba á un preso pasearse con la acción rápida

de una persona llena de agitación. Dos ó tres días después vi que le habían dado recado de escribir, y desde entonces estaba siempre en su mesa.

Por fin le reconocí: salía de su encierro con el alcaíde para ir al interrogatorio: era Melchior Gioja.

Estrechóseme el corazón de dolor: ¡y tú también, benemérito hombre, estás aquí! (Más feliz que yo, después de algunas semanas de detención fué puesto en libertad).

La vista de cualquier afable criatura me consolaba y excitaba mi meditación. ¡Ah, pensar y amar son dos grandes bienes! Hubiera dado mi existencia por sacar á Gioja de la cárcel, y al mismo tiempo su vista me servía de consuelo.

Después de haber estado largo tiempo observándole y conjeturando por sus movimientos si estaba su espíritu en calma ó agitado, y de hacer votos por él, sentíame más fuerte, más rico de ideas, más satisfecho de mí mismo. Esto demuestra que el espectáculo de una criatura por la que se experimenta simpatía, basta para templar el aburrimiento que produce la soledad. Este beneficio, debido primeramente á un infeliz niño sordomudo, encontrábase después en la lejana vista de un hombre de mérito distinguido. Sin duda algún *secondino* le dijo donde yo estaba.

Una mañana al abrir su ventana agitó su pañuelo para saludarme, y yo me valí de igual seña para contestarle. ¡Ah, qué placer inundó en aquel momento mi alma! Parecíame haber desaparecido toda distancia entre nosotros y hallarnos juntos; el corazón me palpitaba lo mismo que al amante que vuelve á ver á su querida; gesticulábamos sin comprendernos, y con la misma celeridad que si nos entiendiésemos; ó por mejor decir, nos comprendíamos en realidad. Aquellos gestos manifestaban el sentimiento de nuestras almas, y la una no ignoraba la sensación que la otra había experimentado.

¡Ah, qué de consuelos parecían revelarme aquellas señas para lo venidero! Este tiempo llegó; pero los saludos no se renovaron. Cada vez que divisaba yo á Gioja á la ventana agitaba mi pañuelo, pero en vano. Dijéronme los *secondini* que le había sido

Aventuras de Allan Quatermain

Traducción de Andrés Rivera

(Continuación)

mal francés,—*quel affreux sauvage*. ¡Ved su bestial estatura y el enorme agujero que tiene en la cabeza.

—¿Eh?—dijo Mr. Mackenzie.—¿De quién estáis hablando, Alfonso?

—¿De quién?—replicó el pequeño francés fijos los ojos sobre Pico Duro, cuya apariencia le fascinaba.—De él... *¡de ce monsieur noir!*

Nos echamos á reír, y como Pico Duro notara que era el objeto de nuestra hilaridad, frunció ferozmente el entrecejo, porque, como era altivo, le desagradaba toda libertad personal.

—*Parbleu*,—dijo Alfonso,—se enoja, hace muecas. No me gusta su facha. Yo me escapo,—y lo hizo con notable rapidez.

Mister Mackenzie se reía de la mejor gana.

—Alfonso es de un carácter alegre,—dijo.—Después os contaré su historia; pero probemos antes la comida que nos ha preparado.

—Y ahora,—dijo sir Enrique después de hacer cumplido honor á la más succulenta comida,—seré indiscreto preguntándoos ¿cómo es que tenéis un cocinero francés en este desierto?

—¡Oh!—respondió Mr. Mackenzie,—llegó aquí voluntariamente hace un año, y me suplicó le tomara á mi servicio. Temía ser molestado en Francia y huyó á Zanzíbar, donde supo que el Gobierno francés pedía su extradición. Por consiguiente, salió del país, y, cuando casi se moría de hambre, encontró la caravana que nos traía el surtido anual de mercancías y fué conducido aquí. Vosotros le oiréis referir su historia.

Concluídos los postres encendimos nuestras pipas, y sir Enrique hizo á Mackenzie una descripción de nuestro viaje hasta allí, sin ocultarle el incidente ocurrido en pleno río y la aparición del horrible masai.

Mister Mackenzie consideró la situación como muy grave.

—Es evidente,—dijo,—que esos pícaros masai os siguen, y mucho me alegro de que hayáis llegado á esta casa con seguridad. No creo que se atrevan á atacaros aquí. Desgraciadamente casi todas mis gentes han bajado á la costa, llevando marfil y mercancías. Doscientos hombres están en la caravana y sólo tengo unos veinte útiles para la defensa en el caso de que

nos atacaran. No obstante esto, daré algunas órdenes.

Y llamando á un negro que vagaba por el jardín, se acercó á la ventana y le habló en dialecto swahili.

El hombre partió á la carrera.

—Espero que no traeremos semejante calamidad sobre vosotros,—dijo ansiosamente después que se sentó otra vez.—Antes que eso,

preferimos retirarnos y correr nuestra suerte.

—Nada de eso haréis,—replicó vivamente.—Los masai son fieras sedientas de sangre, y correríais á vuestra perdición. Si vienen, que vengan, y se acabó; creo que les haremos un buen recibimiento. No cerraré á un hombre la puerta de mi casa por todos los masai del mundo.

—Esto me recuerda,—dije,—que el cónsul de Lamu me refirió que había recibido una carta vuestra en la que le decíais que había llegado aquí un hombre contando que existía una población de gente blanca en el interior. ¿Creéis que hay algo de verdad en esa historia?

Lo pregunto porque una ó dos veces en mi vida he oído hablar á los indígenas que bajaban del Norte acerca de la existencia de semejante raza.

Mister Mackenzie, en vez de responderme, salió del cuarto y volvió trayendo en la mano un objeto muy curioso.

Era una larga espada, cuya hoja, de extraordinaria fuerza, estaba labrada por un modelo ornamental, exacto al que usamos en Europa para bordar lanas al realce.

Esto en sí era bastante curioso; pero lo era aún más porque todos los agujeros cortados al través de la hoja estaban incrustados en oro, sin que yo pueda comprender cómo estaban soldados los dos metales.

—¿Habéis visto una espada como ésta?—dijo Mr. Mackenzie.

La examinamos todos y contestamos negativamente (1).

(1) Después de haber visto esta espada, vi centenares; pero jamás he podido descubrir cómo las láminas de oro estaban incrustadas en las grecas. Los armeros que las hacen en Zu-Vendis, se obligan, bajo juramento, á no revelar el secreto.—A. Q.



un hombre fuerte podría estar en la cima...

—He querido enseñároslo porque es la que trajo consigo el hombre que dijo haber visto la gente blanca, y porque da visos de verdad á lo que siempre he considerado como una invención. Escuchad; yo os diré todo lo que sé acerca de este asunto, que no es mucho. Una tarde, poco antes de ponerse el sol, estaba sentado en la galería, cuando un pobre hombre que parecía estar muriéndose de hambre, llegó co-

jeando y se arrodilló á mis pies. Le pregunté de dónde venía y qué necesitaba, y él entró en una vaga narración de cómo pertenecía á una tribu del Norte que había sido destruída por otra tribu, y que él y otro compañero habían logrado salvarse pasando á nado un lago hirviente. Que acosados por la sed y el hambre, se habían internado muchas millas, hasta que, al fin, dieron con una raza extraña, á la cual, en su narración, llamó de los *hombres pálidos*, los cuales hubieron de desterrarle á un confin del vasto territorio. Que

allí contrajeron una especie de peste rara, de la cual murió su compañero, y que él, calenturiento y enfermo, estranguló al *hombre pálido* que le vigilaba, se apoderó de su espada, que es ésta, y tras de muchos días de andar á la ventura, había llegado á mis puertas.

El cuerpo del pobre hombre tenía un aspecto horrible; lleno de asquerosas pústulas y presa de un continuo temblor, adiviné, más bien que entendí, cuanto os he relatado.

Di orden á uno de mis hombres para que le albergara en su choza, pero la mujer de éste, temerosa de que se le contagiara el terrible mal, dióle una manta y el infeliz se tumbó á la puerta de la choza para pasar la noche.

Lo que le había oído me intrigó grandemente, y cuando á la siguiente mañana bajé dispuesto á interrogarle, supe que durante la noche había

sido devorado por un león que merodeaba por estos contornos, y sólo hallamos en el sitio que durante la noche había ocupado, grandes manchas de sangre y esta espada que veis, sin que me haya sido posible adquirir nuevas noticias sobre los que él llamaba *los hombres pálidos*.

A medida que Mr. Mackenzie adelantaba en su relato, los ojos de sir Enrique se iban animando, y el monóculo de Good no dejaba á éste un momento de reposo.

En cuanto á mí, sentía una inmensa alegría y un afán indecible por seguir cuanto antes nuestro viaje.

Poseía un nuevo dato para creer en la existencia de una raza blanca en el interior del África, y esto me prometía un sinnúmero de emocionantes aventuras á que tan aficionado he sido toda mi vida.

Pico Duro, fijos en mis ojos, reflejaba en ellos la emoción que yo experimentaba.

—¡Ah, mi viejo león!—le dije sonriendo.

—Comprendido, mi amo,—con-

testó.—Inkosi-kaas se enmohece.

—¡Y tus huesos también!—exclamó riendo sir Enrique.

Pico Duro se rió con una mueca horrible.

—Esto es cuanto puedo deciros, señores. Y, si os parece, dejaremos para más tarde tratar de los *hombres pálidos*.

Nos inclinamos en silencio y seguimos á nuestro huésped.

CAPÍTULO IV

ALFONSO Y SU ANITA

DESPUÉS de la comida inspeccionamos todos los edificios exteriores y los departamentos de la posesión, que considero la más her-

(Continuará)



un sargento, con su enorme vergajo...



JOYAS ARTÍSTICAS

Una posada en Andalucía

B. Ferrándiz

El proceso del Tabaco

*De la estupidez humana,
es la más patente prueba
esa pasión del tabaco,
que hace al hombre chimenea,
que sólo por vanidad,
por una costumbre necia,
absorbe por sus pulmones
una continua humareda.*

*La respiración, que exige
aires con toda pureza
para oxigenar la sangre
y reparar nuestras pérdidas,
recibe nocivos gérmenes
cuya absorción envenena.*

*Dicen muchos mentecatos
que ser hombre manifiesta
el consumo del tabaco;
no cabe mayor simpleza.
Los héroes que en Sagunto
inmolaron su existencia,
los que en Numancia quemaron
sus cuerpos y sus haciendas,
los que pujantes lucharon
contra la gente agarena,
hasta clavar en Granada
triunfante la santa enseña;*

*el Cid, Gonzalo de Córdoba,
caballeros de Montesa,
Alcántara y Calatrava,
que á los musulimes aterran;
Guzmán, Colón y Cortés,
caudillos de altas empresas...
y cien otros capitanes
como la historia celebra,
no conocían el tabaco,
que es una planta moderna.
En Europa no existía,
y al descubrirse la América
vieron los aventureros
que iban por aquellas tierras
que los indios sahumaban
las repugnantes viviendas
con sus hojas aromáticas,
chupando en un rollo de ellas,
para que la combustión
no perdiera la viveza.
Así espantaban mosquitos,
cuya picada envenena,
y otros insectos temibles,
que con el humo se ahuyentan.
Aquellos rollos, los nuestros
con el mismo fin emplean,*

*y en vicio termina luego
lo que por útil empieza.
Fumaron á todas horas,
y la costumbre, cual lepra,
se extendió desde el salvaje
á la cultura europea,
debiendo causar tal copia
al civilizado, mengua.*

*En conclusión: el tabaco,
que la nicotina encierra,
daña bronquios y pulmones,
y hasta la tisis engendra.
La saliva que se traga
con nicotina disuelta,
perturba la digestión,
y el estómago se enferma.
Los dientes se ponen negros
y sin esmalte se quedan;
los males de la garganta
con tal humo se exacerban.
Estas razones convencen
de que su acción es funesta.
¡Dejemos tan feo vicio!
¡Fuera esa ponzoña lenta!*

VICTORIANO LOMEÑA

Málaga. 1906.

La fuerza centrífuga

JOAQUINITO está leyendo en alta voz por orden de su padre:

«Todos los cuerpos están sujetos á la *atracción* y á la *repulsión*, tendiendo ambas en distintos sentidos.

»La fuerza de repulsión, ó sea la que tiende á separar los cuerpos del centro de la tierra para mantener el equilibrio con la otra fuerza conocida con el nombre de *centripeta*, es decir, que llama en sentido opuesto, es la fuerza *centrífuga*.»

—Supongo que ahora sabrás explicarme lo que es esa fuerza.

—Lo que te he leído, papá.

—Y demostrármelo.

El muchacho se queda dudando un gran rato, hasta que vuelve á leer muy despacio y cerrando los ojos como para concentrar las ideas.

Nueva pausa de silencio, que se prolonga más de lo regular.

—¿En qué quedamos, niño?... ¿No ves lo que aquí dice?

—¡Sí, papá! Pero es que lo leo y... no lo entiendo.

—¡Vamos! ¡Fíjate! Procura darte cuenta de lo que lees.

Tercera lectura musitada, y tercera audición por parte del padre.



—¡Nada!...—dice el chico después de haber leído;—¡que no lo entiendo!

—¿Y tú has sacado sobresaliente en física?...

—¡Sí, papá! Y voy á demostrarte que lo que he leído me lo sé de memoria, y así lo di cuando me saqué esa papeleta en el examen; verás: «Todos los cuerpos...»

—¡Basta!... ¡basta!... pues con ello me das sólo una muestra de tu magnífica memoria, pero

no de tu afán por darte cuenta de lo que dices. Esos son los resultados de estar en clase distraído y sin atender á lo que explica el profesor, pues indudablemente os daría la demostración de ello, y se contentaría en el acto del examen sólo con el enunciado.

Voy á explicarte lo que es fuerza centrífuga, y, para ello, vamos á servirnos de tus mismos juguetes. Trae la peonza y haz que baile sin cuerda.

—¡No puedo! Se me cae en seguida.

—Esa es la *ineria*. Pues bien, líalo ó dale con la correilla. ¿Qué pasa ahora?

—Que se mantiene de pie, bailando...

—Por razón de la fuerza centrífuga que adquiere cada uno de sus puntos y que girando horizontalmente vence el peso del aire que gravita sobre la tierra, ¿comprendes?

—¡Si es sencillísimo!... Pero como el libro no dice eso...

—Porque no es posible que los libros de primera enseñanza lo digan todo, hijo. Vamos ahora á otra demostración que corre á tu cargo, pues sabiendo el principio en que descansa...

—Pues... ¿será la honda con que el pastor Casiano tira piedras al ganado?

—¡Eso es! De manera que la piedra...

—Por razón de esa fuerza llamada centrífuga, se adhiere al trenzado de cáñamo sobre que descansa, y al soltar una punta adquiere una velocidad mayor ó menor, según la violencia del movimiento de rotación.

—¡Perfecto!... ¡perfecto!... Has comprendido, y estoy contento de tí. Pero lo que tal vez no sabes es que la honda que te ha servido para esa demostración, era un arma de guerra antes de inventarse las de fuego, y que en los antiguos ejércitos había legiones de honderos.

—¿De veras?...

—¿Tú sabes la fuerza que alcanza una piedra arrojada en esas condiciones por razón de la fuerza centrífuga que desarrolla la violencia del movimiento impreso á la honda? Los mallorquines fueron en la antigüedad los más hábiles honderos del mundo, y enseñaban á los niños á manejar la honda colocándoles la comida en un punto determinado, y cada día más lejos, y el que no la acertaba de una pedrada, se quedaba sin comer, y como el estómago ha sido siempre el enemigo más exigente, se adiestraban de

tal modo, que alcanzaron fama universal.

—¡Eso es curisísimo, papá!

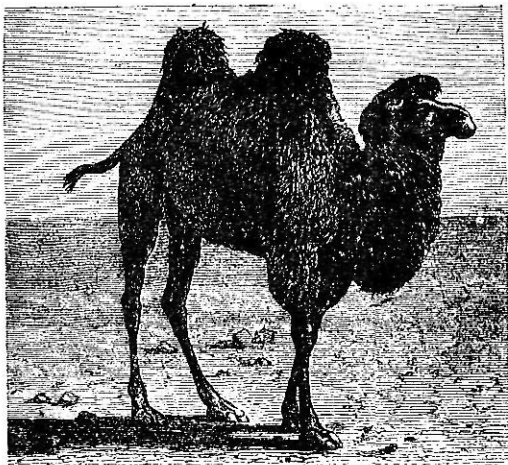
—¡Y verídico! Pero entonces no sabían aún que se llamaba centrífuga la fuerza que con el movimiento circulatorio de la honda se imprimía á la piedra que conquistaba la comida á aquellos muchachos, que más tarde hacían verdaderos prodigios en sus guerras con los invasores.

PEDRO FALL ALÓRDA

Historia natural. - El camello y el dromedario

LA Escritura Sagrada adjudica á Job tres mil camellos, que se elevaron á seis mil cuando Dios le devolvió la salud y la fortuna, lo cual demuestra que este paciente animal constituía la base de las riquezas de los antiguos patriarcas.

Y, en verdad, que no faltaba razón para ello, pues no existe animal más fuerte, más resignado y menos exigente que el camello, del que conocemos dos especies: el propiamente llamado *camello* y el *dromedario*, los cuales pertenecen á dos distintas geografías.



CAMELLO

que se halla dividido en cuatro senos ó cavidades que reciben los nombres de panza ó herbario, bonete ó redecilla, libro y cuajar, siendo estos dos últimos verdaderos estómagos digestivos. Los otros dos sirven para la maceración de las hierbas que en la rumia caen divididas á la panza y pasan al bonete, de donde, por el esófago, vuelven á la boca. Allí son trituradas otra vez y caen por el tubo esofágico y en estado pastoso al libro ó tercer estómago, donde se verifica la verdadera digestión.

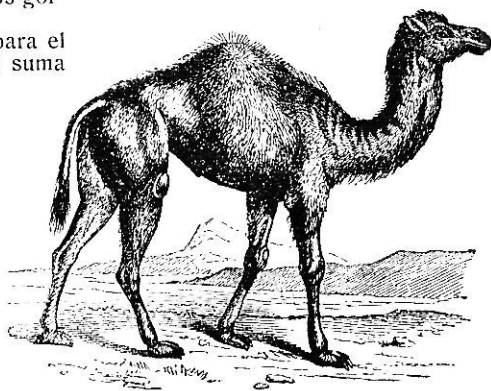
El camello tiene, además de los cuatro estómagos de los rumiantes, otro quinto estómago, en el que deposita su provisión de agua cuando tiene la suerte de encontrar una fuente ó manantial en su camino. Entonces bebe de una manera monstruosa y acumula en su panza suplementaria una enorme cantidad de agua que va deglutiendo á medida que se van resecaando sus fauces. Parece que al crear el camello, se propuso la sabia Naturaleza dar á los extensos arsenales del Desierto un animal que pudiese hollar sus inmensas y secas llanuras.

Una de las virtudes principales de este animal, es la paciencia y la resignación. Se pone de rodillas y se le carga sin medida, pues puede soportar hasta el peso de 6.000 kilogramos; pero si al intentar levantarse nota que la carga es superior á sus fuerzas, no hay forma humana de hacerle que se ponga en pie y resiste pacientemente los golpes que le propinan los árabes conductores.

Además de ser el camello un animal utilísimo para el transporte, su carne y su leche son alimentos de suma importancia por su fuerza nutritiva, no despreciable, por cierto, en aquellos áridos países y en los desiertos arenales.

Su piel y su pelo sirven hasta un extremo notable para la industria desde los más remotos tiempos, y por eso se comprende, como decimos más arriba, que los camellos formasen la base de la riqueza de los antiguos patriarcas, jefes de las tribus nómadas de aquellos tiempos, pues el queso que se fabrica con la leche del camello, era en la antigüedad, y sigue siendo, un manjar de los más exquisitos.

Finalmente, el camello es uno de los animales más útiles al hombre y que mayores servicios le presta con menos dispendio, pues come lo que encuentra en su camino, desde los huesos de los dátiles hasta las hortigas secas, sin que amenigüe su paso por la escasez de pienso ni lo alargue después de haber llenado el vasto depósito de su estómago en uno de los raros oasis que de tarde en tarde se hallan en el Desierto.



DROMEDARIO

A. P. GUILLOT

Las Universidades en España

NUESTRA patria compartía con Roma la capitalidad en la enseñanza de las ciencias y de las letras, en los albores de la era cristiana.

Transcurridos cinco siglos y anonadado el romano imperio por sus propios desórdenes, quedó nuestra nación, el solo centro intelectual de Europa, sumida aún en la barbarie.

Entró en España la invasión sarracena, y con ella la decadencia de los iberos, dispuestos solamente á esgrimir sus armas contra el infiel conquistador; las Ciencias, las Letras y las Artes no podían alcanzar lo que ofrecía la guerra... la pérdida añorada patria, que todos se aprestaban para reconquistar en esfuerzo titánico.

Hasta el siglo XIII no pudo despertar el pueblo español de sus ensueños guerreros. El año 1209 fundábase la Academia de Palencia, estableciéndose treinta años más tarde la de Salamanca, que en el siglo XV figuraba á la cabeza de las Universidades de Europa, aventajando por el saber de sus maestros y sus sistemas de enseñanza á las de Francia, Italia é Inglaterra.

«La historia universitaria de España toma origen de la cultura extendida por la célebre, en aquellos tiempos, Universidad de París.»

Así dice el historiador, y añade:

«Los precedentes y reglamentos en ella establecidos, sirvieron de ley y jurisprudencia en la Universidad de Salamanca, y á ella tenemos forzosamente que apelar para explicarnos el método seguido en la división del trabajo universitario español.

»Aunque todo esto es cierto, no conviene que, extremando el argumento, puedan entender algunos que las Universidades españolas carecen de precedentes nacionales, pues si es cierto que un justo medio nos lleva á sostener que la Universidad de París, por su carácter cosmopolita, fué la causa remota de las Universidades españolas, no puede en manera alguna negarse que existían en la patria de Cervantes gérmenes muy abonados ya en el campo de la enseñanza, que les dieron fisonomía propia y aspecto verdaderamente propio. En efecto; después que hubo España dominado algún tanto los más fuertes empujes de la dominación sarracena, rigiendo los destinos del país Alfonso VI, se creó en el monasterio de monjes benedictinos de Sahagún una escuela que, á poco de su fundación, fué famosa, según el decir de los antiguos historiadores, concurriendo á sus aulas un número grande de alumnos, entre los cuales se contaban no pocos seglares.»

Alfonso VIII quiso engrandecer las proporciones de los centros de enseñanza hasta entonces establecidos en España, pues dicho rey fundó la Academia general de Estudios en Palencia, por la que fueron requeridos y espléndidamente pagados de orden real renombrados maestros de las Universidades de Italia y de Francia.

Es generalizada creencia, aun entre personas peritas en estudios históricos, que la nombrada Academia Palentina, así como el Estudio General de Salamanca, como se llamaba la fundación de Alfonso IX, fueron las primeras Universidades de España, mas hay en ello confusión.

El primer centro universitario español, el verdadero establecimiento de una vida de cultura intelectual, sostenida con grandes energías y ganosa de prestigios en los solemnes actos de la enseñanza, llevóse á término en los tiempos de Fernando III llamado el Santo, en la propia ciudad de Salamanca.

En este mismo centro docente, cuyo edificio se conserva como joya arquitectónica del arte de construir y ornamentar genuina y netamente español, estableció Alfonso X el Sabio, cátedras de Lenguas diversas, Retórica, Medicina, Matemáticas y Música, funcionando con gran liberalidad y completa independencia de los que se cursaban anteriormente,

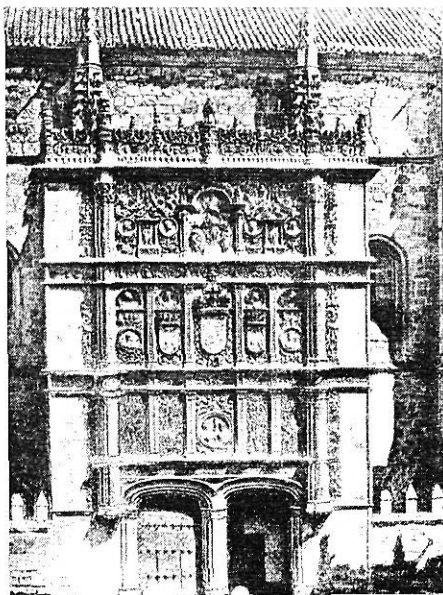
estudios jurídicos y teológicos solamente.

Fué aquel gran rey quien ordenó traducir al latín las mejores obras de los sabios de Grecia, que los árabes nos habían dado á conocer en su lengua nativa, como también lo mucho y superior que tenían escrito sobre Matemáticas, Química y Medicina.

Consagró además decidido interés hacia la Astronomía, cuya ciencia muy cultivada por los árabes, recibió explicación digna de sus méritos al componer el rey-sabio las famosas Tablas Alfonsinas que le inmortalizan.

Comienzos tan gallardos como tuvo la Universidad salmantina, lograron resonancia en el mundo de las Ciencias y de las Artes, viéndose muy pronto sus aulas ocupadas por discípulos provenientes no sólo de las distintas regiones de España, si que también de los más lejanos países, atraídos hacia ellas por el renombre que alcanzaron sus maestros, cuanto por la noble emulación que supieron despertar entre propios y extraños.

Indudablemente, la gran cultura científica que de sus países importaron á España los sarracenos; los estudios académicos y artísticos



FACHADA DE LA CATEDRAL DE SALAMANCA

que en Córdoba, Sevilla y Granada se estaban desarrollando por haber acudido á la placidez de sus climas y belleza de sus jardines los más eminentes entre sus hombres sabios, sirvieron de estímulo á los reyes reconquistadores para dar treguas á las armas y plaza á las letras... pues más, mucho más que con las primeras, se han conquistado en todas épocas los reinos con las segundas.

Hoy tenemos en España diez universidades: las de Madrid, Barcelona, Sevilla, Granada, Oviedo, Salamanca, Santiago, Zaragoza, Valencia y Valladolid, que en su totalidad reúnen aproximadamente unos doscientos cincuenta profesores en sus diversas asignaturas.

Salamanca ha perdido sus antiguos esplendores, quedando por fortuna los primores de su bien labrado edificio como dato histórico del renacimiento académico español.

Queda reducida al presente dicha Universidad á un centro docente, que en nada sobrepasa de los demás, con un reducido número de alumnos concurrentes á sus renombradas aulas, tanto por su travesura, cuanto por la lucidez de sus talentos.

No pueden negarse en la actualidad ansias de saber en la juventud escolar de toda España y por lo general buenos deseos y conocimientos profundos de sus asignaturas en el profesorado, que cuenta con personalidades dignísimas y sabios eminentes; pero fuerza es reconocer que es Madrid el gran centro instructivo, en donde, por residir los altos poderes del Estado, se cursan por completo todas las facultades y se confieren los títulos académicos superiores.

C. P.

La photo-miniatura

EN nuestro primer número dimos el medio de hacer desaparecer el esmalte ó brillo de las fotografías cuya película se quiera trasladar al cristal para iluminarla por el sencillo procedimiento que venimos explicando.

Ahora bien: después de que la prueba fotográfica esté sumergida en agua algunos instantes, á fin de que resulte flexible y esté en condiciones de recibir la cola, se oprime ligeramente entre dos hojas de papel secante blanco y se aplica con el dedo, en la parte cóncava del cristal, una ligera capa de *mixtura adherente* (1), haciendo lo mismo en la fotografía por la cara impresionada; hecho esto, júntese la fotografía con el cristal, por las dos caras embarnadas de cola, y con un pliego de pergamino puesto encima, y con ayuda de una plegadera ó corta-papel, váyase recorriendo toda la superficie que presenta el reverso de la parte pegada, yendo del centro á los bordes, á fin de hacer desaparecer la cola sobrante, y las burbujas ó lunares que de otra manera se formarían por imperfecta adherencia.

(1) Las mixturas de que hacemos mención se expenden en todos los comercios de objetos para pintores, lo mismo que los colores preparados para la photo-miniatura.

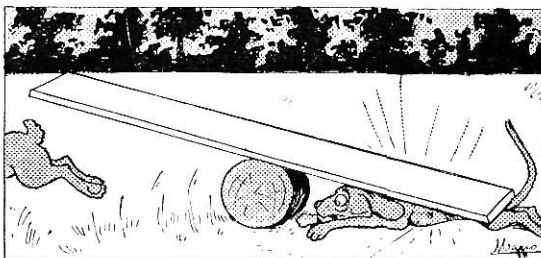
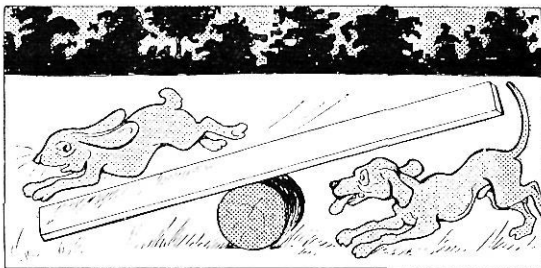
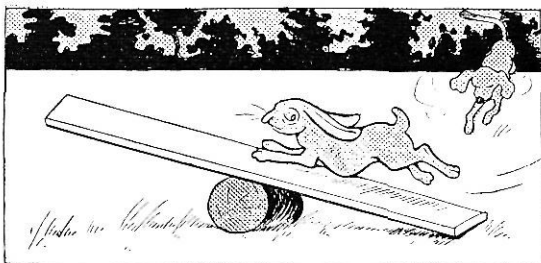
Una vez hecho esto á la perfección, déjese secar al aire libre, pero no al sol.

Cuando el pegado de la fotografía resulta bien seco, se frota el reverso de la fotografía con papel de lija ó esmeril muy fino, á fin de quitar la mayor cantidad posible del papel sobre que está impresionada la imagen, pero sin rasparlo del todo. En una palabra: que quede por igual una telilla lo más delgada posible, á través de la cual se vean los contornos y las sombras de la fotografía, y se termina esta operación frotando la superficie con polvo impalpable de piedra-pómez por medio de un tapón de corcho. Después se limpia perfectamente con un trapo blando y fino con objeto de que no quede la menor partícula de polvo, y con auxilio de un pincel se da á toda la parte que se ha frotado una capa algo espesa de *mixtura transparente*, repitiendo la operación si la transparencia resultara incompleta, y una vez sea perfecta, se seca con un fino trapo de hilo que no suelte pelusos, y se aplica una mano muy ligera del *preservativo n.º 3*.

Entonces y una vez seca, puede procederse á pintar en la forma que explicaremos en uno de nuestros próximos números, pero teniendo en cuenta que los colores han de ser especiales para la photo-miniatura, y procurando en las mezclas la mayor fluidez posible.

ALFREDA

Ir por lana..., historieta por Mario



Advertencia importante

En los concursos que publique JUVENTUD ILUSTRADA, algunos habrá que forzosamente tendrán que cortarse; no obstante, en todos aquellos en que de ello se pueda prescindir, ya sea por su índole ó por ingenio de los lectores, relevamos de cortarlos á los **subscriptores que efectúen el pago por trimestres anticipados**, sin que sea preciso que se suscriban directamente. Pueden hacerse las suscripciones por medio de nuestros correspondientes, á quienes mandaremos los recibos con el sello de esta casa editorial; y en Madrid los firmará nuestro representante general don Eduardo F. de Rábago, advirtiéndole que este es requisito indispensable para aprovechar esta ventaja.

A todos los que se suscriban desde esta fecha podremos servirles los números atrasados, y si desean solamente las páginas de nuestro folletín

Mis prisiones

Memorias de Silvio Pellico

esto último lo recibirán gratuitamente.

NO CORTAR ESTE CUPÓN

CUPÓN-PRIMA de Juventud Ilustrada

Nº 00.284

A pesar de no ser partidarios del juego nacional llamado Lotería, no hemos encontrado otro medio que el de combinar los números de estos cupones con el que logre el primer premio en el sorteo del día 31 del corriente Enero, á fin de hacer regalos en metálico á nuestros lectores.

En su consecuencia, cuantos posean un ejemplar de JUVENTUD ILUSTRADA cuyo cupón tenga igual número que el del billete favorecido en dicho sorteo con el premio mayor,

recibirán 125 pesetas

á la presentación del NÚMERO COMPLETO de nuestro semanario. Caduca á los seis meses.

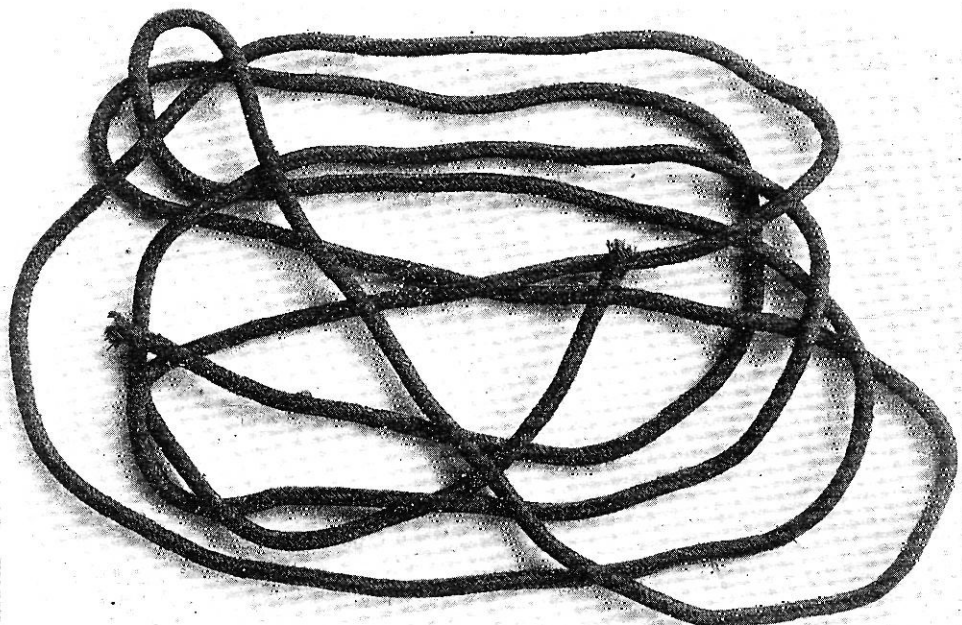
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un año, 10 pesetas — 6 meses, 5 pesetas
3 meses, 2,50 pesetas — Pago anticipado.

CONCURSO CON PREMIOS — LONGITUD DE UNA CUERDA

Necesitando atar con esta cuerda un objeto de un diámetro especial, queremos saber su longitud exacta en milímetros. Entre las soluciones exactas que nos envíen, sortharemos:

Primer premio, un neceser de aseo; segundo, una caja perfumería fina; 24 cajas-lapiceros de color y 24 afila-lapiceros.



Las soluciones se recibirán hasta las ocho de la noche del día 17 de febrero próximo, debiendo venir bajo sobre, especificando con toda claridad el nombre y domicilio del interesado.

NO SE PAGAN MÁS ORIGINALES ARTÍSTICOS Y LITERARIOS QUE LOS QUE SE ENCARGUEN, AUN CUANDO SE PUBLIQUEN

Guatemala

CONFORTA el ánimo al rebuscar datos para hacer una descripción, siquier sea ligera, de las Repúblicas que hablan la hermosa lengua de Cervantes, ver que casi todas ellas dedican atención preferente á la instrucción, que es la base de su prodigioso acrecentamiento.

Y entre esas repúblicas merece mención preferente la de Guatemala, que en pocos años ha sabido conquistar un lugar envidiable gracias á las poderosas iniciativas de su presidente don Manuel Estrada Cabrera, recientemente reelegido para otro periodo presidencial que termina en 1911, y este es el mejor elogio que de su talento puede hacerse y de sus dotes especialísimos para tan espinoso como difícil cargo.

Cerradas las escuelas en 1897 á consecuencias de sus convulsiones políticas, volvieron á

abrirse en 1898, nueve días después de que el licenciado Estrada Cabrera se hiciera cargo de la primera magistratura de la nación, y una vez allí, con voluntad gigante, con esfuerzo supremo, vence los obstáculos que se oponen al progreso de la enseñanza; ve en la instrucción popular el halagüeño porvenir de la patria, y abre la puerta de nuevas escuelas, y estimula y premia los esfuerzos del maestro y del niño, erigiendo en su honor templos á la diosa de la sabiduría é instituyendo magníficas fiestas nacionales dedicadas á la instrucción.

Y no es sólo en este orden en el que tanto debe á Estrada Cabrera el mayor de los cinco Estados que forman la América Central, y que hoy, independiente de los cuatro restantes constituye la república guatemalteca, pues en el orden económico ha sabido imprimirle tales orientaciones en los siete años que ha durado la primera etapa de su gobierno y tan brillante ha resultado la Exposición Universal celebrada á iniciativas suyas en el próximo pasado septiembre, que no cabe duda que al terminar la segunda, que empezó en marzo del corriente año, nada tendrá que envidiar la República de Guatemala á las más prósperas de aquel apartado continente, pues le sobran elementos naturales para su engrandecimiento.



DON MANUEL ESTRADA CABRERA
Presidente de la República

Situada entre los 13°, 42' y los 17°, 49' latitud Norte, y entre los 88°, 10' y los 92°, 30' longitud O. del meridiano de Greenwich, sus límites son: al N. los Estados mexicanos de Campeche y Yucatán, la colonia británica de Belice y el golfo de Honduras; al E., las Repúblicas de Honduras y El Salvador; al S., el Oceano Pacifico, y al Oeste, los Estados mexicanos de Chiapas y Tabasco, por lo cual el territorio de Guatemala está destinado por la Naturaleza á ser el puente del tráfico universal y un verdadero centro de riqueza. Dividido el territorio en 22 departamentos de los cuales es el primer Guatemala donde reside el poder ejecutivo, cuenta la capital con 60,000 habitantes y mantiene en su departamento más de 800 escuelas para ambos sexos, Facultades de Derecho, Medicina y de Ingenieros, escuelas de Comercio, varios centros de enseñanza, el Nacional de música, de declamación, de dibujo, artes y oficios y de sordo-mudos; tres Institutos nacionales para hombres y otros tres para mujeres, la escuela militar politécnica y una primaria especial para el ejército.

En esta república la enseñanza es rigurosamente obligatoria, hasta el extremo de que en las fincas rústicas los propietarios vienen obligados á establecer escuelas primarias cuando en alguna de ellas se reúnen más de diez niños.

Finalmente, y para facilitar los medios para que el pueblo se instruya y se enriquezca, ni las máquinas ni los libros en rústica pagan derechos de introducción á su paso por las aduanas del país. Y esas trascendentales reformas en la instrucción y educación de un pueblo, su *Escuela Práctica* como no existe otra igual en Europa, y para cuya aplicación cuenta con un magnífico palacio tan extenso y rico como bello, débense á la poderosa iniciativa del actual presidente de la República de Guatemala, que lleva unidos á su relevante talento una energía y una fuerza de voluntad ilimitadas, pues semejante al *quetzal* (1), que surmonta el escudo de su país, el licenciado Estrada Cabrera remonta su vuelo en alas del progreso, para llegar al logro de sus altruistas aspiraciones. ¡Dichoso el país que cuenta con hombres como el presidente de la República de Guatemala!

A. P. GUILLOT.

(1) *Quetzal*, pájaro hermosísimo, símbolo perfecto de la libertad, pues muere á los dos días de enjaulado. Habita en las más elevadas montañas, y aun allí hace su nido en las últimas ramas de los árboles más altos.

